

S. AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, SERMÓN A LA CONGREGACIÓN DE LA IGLESIA DE CESAREA EN PRESENCIA DE EMERITO. (C)

1. Con cuánto gozo recibimos el entusiasmo de vuestra Caridad, lo reconocéis. Nos regocijamos en el Señor nuestro Dios, de quien el Apóstol dice: Él es nuestra paz, quien hizo de los dos uno (Efesios II, 14). Damos gracias, por tanto, a nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Él nos ha concedido que, antes de tener la voluntad de nuestro hermano Emerito, ya conociéramos cuánto ama la unidad. Sin embargo, lo que Dios quiso que escucháramos de su propia boca, recibidlo. Tan pronto como entró en esta iglesia, estando en el lugar donde comenzamos a dialogar con él, inspirado por el Señor, quien instruye el corazón y guía la lengua, nos dijo: No puedo no querer lo que queréis, pero puedo querer lo que quiero. Ved lo que prometió, quien dijo que no puede no querer lo que queremos. Pues si no puede no querer lo que queremos, sabe lo que queremos. Esto queremos lo que vosotros también queréis. Todos queremos lo que el Señor quiere. Pero lo que el Señor quiere, no es oculto. Se lee en su Testamento, quien nos hizo coherederos: en él se recita, Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan XIV, 27). Por tanto, ya sea pronto o tarde, no puede no querer lo que queremos. Sin embargo, nos causa alguna demora la segunda sentencia, Puedo querer lo que quiero. Así dijo: No puedo no querer lo que queréis, pero puedo querer lo que quiero. Puede querer lo que quiere, pero no puede no querer lo que queremos. Pues lo que dice que puede, lo vemos. Porque ahora quiere lo que quiere; pero lo que quiere, no lo quiere Dios. ¿Qué quiere ahora? Estar en disensión con la Iglesia católica, estar aún en comunión con la parte de Donato, estar aún en cisma, estar aún entre aquellos que dicen, Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas. Pero esto no lo quiere Dios, mientras el Apóstol reprende, ¿Acaso está dividido Cristo? (1 Cor. I, 12, 13). Puede, por tanto, querer lo que quiere, pero por un tiempo, por una hora, por vergüenza, no por razón de sabiduría puede querer lo que quiere. Pues ahora esto es lo que quiere, y puede querer lo que quiere. Pero como no puede no querer lo que queremos, que Dios no quiera lo que él quiere, y haga lo que queremos. No os perturbe, hermanos, alguna demora, mientras quiere lo que quiere; sino orad para que haga lo que prometió, para que no pueda no querer lo que queremos. Y todos aclamaron, ¡Aquí o en ninguna parte! Vosotros que habéis declarado vuestros corazones con vuestras voces, ayudadnos también con vuestras oraciones. El Señor, quien manda la unidad, es poderoso para cambiar la voluntad para mejor. Y lo que vuestra Caridad aclamó, ¡Aquí o en ninguna parte! reconocimos la voz de vuestra Caridad en él, y la amamos. Esto también nosotros no lo pensamos ahora por primera vez, sino siempre lo hemos pensado, siempre lo hemos deseado. El mismo ánimo, que es especialmente necesario, tiene nuestro hermano y coobispo, vuestro obispo Deuterio. Desde hace tiempo conocemos su ánimo. Con nosotros ha derramado oraciones al Señor sobre este asunto, con el concilio, donde prometimos y ofrecimos esto a aquellos que están fuera. Ya nuestras suscripciones sobre este asunto se conservan. Nunca hemos favorecido tanto nuestro honor, como para envidiar la unidad. Somos menores en honor, siendo mayores en amor. Sabemos cómo debe invitarse la debilidad, para que se perfeccione la unidad.

2. No decimos esto, hermanos, como si aquellos que permanecen bajo el cisma tuvieran alguna esperanza en el Señor. Muchos discuten sin entender bien lo que dicen, y dicen: Si son cismáticos, si son herejes, ¿por qué los reciben así? Escuchad, hermanos míos. Si los recibiéramos, ya habríamos recibido a este nuestro hermano Emerito, sea bueno o malo, sin embargo, hermano. Lo digo porque él mismo sabe que se nos ha dicho por el profeta, lo que también les dijimos en la Colación, Decid, Sois nuestros hermanos, a los que os odian (Isaías LXVI, 5, según LXX). Nos odian, creemos que terminará lo que odian: sin embargo, mientras odia, se le llama hermano; hasta que termine el odio, será un nombre en testimonio. No los recibimos, por tanto, tal como son: lejos de nosotros; pues son herejes, pero recibimos

a los católicos: se transforman, se reciben. Pero debido al mal que tienen, no podemos perseguir en ellos los bienes que reconocemos. Pues el mal de la disensión, del cisma, de la herejía, tienen su mal: pero los bienes que reconocemos en ellos, no son suyos; tienen los bienes de nuestro Señor, tienen los bienes de la Iglesia. El Bautismo no es de ellos, sino de Cristo. La invocación del nombre de Dios sobre su cabeza cuando son ordenados obispos, esa invocación es de Dios, no de Donato. No recibo al obispo, si cuando fue ordenado, sobre su cabeza fue invocado Donato. En el soldado errante y desertor está el crimen del desertor, pero el carácter no es del desertor, sino del emperador. Pero nuestro hermano no desertó, donde aún nunca estuvo. Pues en él nació el error del desertor, cuando fue marcado por el desertor. Quien primero hizo el cisma, quien se separó de la Iglesia católica, con aquellos que arrastró consigo, fue desertor: los demás fueron marcados por desertores, pero no con el signo del desertor, sino con el signo del emperador. Pues el desertor no fijó su propio carácter. ¿Qué es lo que digo, el desertor no fijó su propio carácter? Donato no bautizó en el nombre de Donato. Pues si Donato, cuando hizo el cisma, bautizara en el nombre de Donato, fijaría el carácter del desertor: yo cuando llamara a la unidad, si encontrara el carácter del desertor, lo exterminaría, lo borraría, lo aboliría, lo rechazaría, no lo aprobaría; lo repudiaría, lo anatematizaría, lo condenaría: pero ahora el mismo desertor fijó el carácter de su emperador. Dios y nuestro Señor Jesucristo busca al desertor, borra el crimen del error, pero no extermina su propio carácter. Yo cuando vengo a mi hermano, y recojo a mi hermano errante, atiendo a la fe en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Este es el carácter de mi emperador. De este carácter a sus soldados o más bien a sus compañeros, para que lo imprimieran en aquellos que reunían en sus campamentos, ordenó diciendo: Id, bautizad a las naciones en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mateo XXVIII, 19). Este carácter dicho por el Señor que debía imprimirse a todos los creyentes, porque Pablo lo sabía, se espanta ante aquellos que querían ser de Pablo, y les dice: ¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros? ¿Por qué queréis ser míos, y no más bien de mi Señor? ¿Por qué queréis ser míos, y no más bien de aquel de quien yo soy? Reconoced, advertid vuestro carácter. ¿Acaso en el nombre de Pablo fuisteis bautizados? (1 Cor. I, 13). Así, por tanto, los recogemos, para que no se enorgullecen aquellos que no recogemos. Y ellos mismos sean recogidos, no se inflen: vengan, sean recibidos. No odiamos en ellos lo que es de Dios: no los odiamos a ellos, porque son de Dios. Y lo que tienen es de Dios; y son de Dios, porque son hombres, y todo hombre es criatura de Dios. Es de Dios lo que tienen el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: el Bautismo de la Trinidad, es de Dios: es de Dios el Evangelio que tienen, es de Dios la fe que tienen.

3. ¿Y qué no tienen, me dice alguien, quienes tienen estas cosas? Tú dices, Tienen el Bautismo de Cristo, Digo. Tú dices, Tienen la fe de Cristo. Digo. Si, por tanto, tienen estas cosas, ¿qué no tienen? ¿Qué es el Bautismo? Un sacramento. Escucha al Apóstol, Si supiera todos los sacramentos. Es mucho saber todos los sacramentos de Dios. Por grandes que sean los sacramentos que sepamos, ¿quién conoce todos los sacramentos de Dios? ¿Qué dice el Apóstol? Si supiera todos los sacramentos, si tuviera toda profecía. Añade aún, y todo conocimiento. Pero habías dicho de la fe. Escucha aún, Si tuviera toda fe. Es difícil tener toda fe, como es difícil conocer todos los sacramentos. ¿Y qué es lo que dice, toda? De tal manera que traslade montañas; pero si no tengo caridad, nada soy (1 Cor. XIII, 2). Atended, hermanos; atended, os ruego, la voz del Apóstol, y ved por qué con tantos trabajos y peligros buscamos a nuestros hermanos. La caridad los busca desde nuestros corazones. Por mis hermanos y mis prójimos, dice el Salmo, hablaba de paz de ti (Sal. CXXII, 8), hablando a la santa Jerusalén. Ved, por tanto, hermanos míos, lo que dijo el Apóstol: Si tuviera todos los sacramentos, todo conocimiento, profecía, fe. ¿Qué fe? De tal manera que traslade montañas; pero si no tengo caridad, nada soy. No dijo, Aquellas cosas no son nada; sino, si no tengo

caridad, nada soy. ¿Quién diría insensatamente, Los sacramentos de Dios no son nada? ¿Quién diría insensatamente, La profecía no es nada, el conocimiento no es nada, la fe no es nada? No son nada aquellas cosas; pero aunque sean grandes, yo teniendo grandes cosas, si no tengo caridad, nada soy. Aquellas cosas son grandes, y tengo grandes cosas, y nada soy si no tengo caridad, por la cual me aprovechan las cosas que son grandes. Pues si no tengo caridad, aquellas cosas pueden estar en mí, pero no pueden aprovecharme.

4. Atiende, por tanto, hermano; atiende, te ruego. Me dices, ¿Por qué me buscas? Respondo, Porque eres mi hermano. Me respondes y dices, Si he perecido, ¿por qué me buscas? Y yo respondo, Si no hubieras perecido, no te buscaría. ¿Por qué me buscas, me dices? si he perecido, ¿por qué me buscas? Cuando yo respondo, Te busco porque has perecido. ¿Y por qué te busco? ¿con qué fruto te busco? Para que alguna vez se me diga, Tu hermano estaba muerto, y ha revivido; había perecido y ha sido hallado (Lucas XV, 32). Respondes y me dices, Pero tengo el Sacramento. Lo tienes, lo reconozco: por eso te busco. Has añadido una gran causa, por la cual te busco con más diligencia. Pues eres una oveja del rebaño de mi Señor, erraste con el signo: por eso te busco más, porque tienes el mismo signo. ¿Por qué no poseemos una Iglesia? Tenemos un signo, ¿por qué no estamos en un solo redil? Por eso te busco, para que este Sacramento sea para ti una ayuda de salvación, no un testimonio de condenación. ¿No sabes que el desertor es condenado por el carácter, por el cual el que milita es honrado? Por eso te busco, para que no perezcas con el signo. Pues el signo de salvación es, si tienes salvación, si tienes caridad. Pues este signo de salvación puede estar en ti fuera, pero no puede aprovecharte. Ven, para que te aproveche lo que tenías: no para que recibas lo que tenías: sino para que comience a aprovecharte lo que tenías, y recibas lo que no tenías. Pues tenías el signo de la paz, no tenías la misma paz. En esa casa, es decir, en ti habitaba la discordia, y en el umbral colocaba los títulos de la paz. Reconozco los títulos, pero busco al habitante. Leo el título de la paz, el Bautismo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Es el título de la paz, lo leo: busco quién habita, atiendo a mi hermano, reconozco el título de la paz. Yo también lo tengo: quiero entrar. ¿Qué es, quiero entrar? Recíbeme como hermano, para que juntos oremos al Padre. No oro contigo. Son títulos de paz, y ¿me contradice la discordia? Claro que trabajaré, con la ayuda del Señor, para expulsar la discordia que posee malamente, e introducir la paz como legítimo poseedor. Por tanto, cuando excluyo la discordia, introduzco la paz, ¿por qué he de deponer los títulos de la paz? Digo claramente a mi Señor: Oh Cristo, que eres nuestra paz, que hiciste de los dos uno (Efesios II, 14), haznos uno, para que cantemos correctamente, He aquí cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en unidad (Sal. CXXXII, 1). Introduce la concordia, expulsa la discordia: introduce a ti mismo en tus títulos. Tú permanece: no otro posea, y engañe con tus títulos. Tú cambia a este contradictor, que en una hora en la cruz cambiaste al ladrón (Lucas XXIII, 40-43).

5. Y ciertamente veamos qué tienes. Tengo, dice, el Sacramento, tengo el Bautismo. Si te digo, Prueba: me muestras qué has recibido, dices qué has confesado, dices qué sostienes. Lo reconozco, no lo cambio, no lo exhalo. Lejos de mí que al buscar la salvación del desertor, haga injuria al emperador. Por tanto, me has probado que tienes el Sacramento, exponiendo el Sacramento. Me has probado que tienes fe: pruébame que tienes caridad; mantén la unidad. No quiero que me digas, Tengo caridad: pruébalo. Tenemos un Padre, oremos juntos. ¿Qué dices cuando oras, te ruego? Padre nuestro, que estás en los cielos (Mateo VI, 9). Gracias a Dios. Según la enseñanza de nuestro Señor has añadido, que estás en los cielos. Pues teníamos padres individuales en la tierra, encontramos uno juntos en los cielos. Padre nuestro, que estás en los cielos: a él invocas como Padre. Nuestro Padre quiso tener una sola esposa: por tanto, quienes adoramos a un Padre, ¿por qué no reconocemos una madre? Si dices que

naciste de otra, y de un seno ajeno ella te dio a luz. Lo que dije, no todos pudieron entenderlo. Sabemos que por esposas legítimas se hizo, para que incluso quienes no nacieran de esposas legítimas, fueran asociados en la misma herencia: esto lo hizo la voluntad de la esposa. Pues Ismael fue desheredado. Ella misma, Sara, lo dio a luz, aunque de un seno ajeno. Sara lo dio a luz de un seno ajeno, por su propio voto. Pues ella misma dijo, Quiero que de esta me hagas hijos. Y por eso lo hizo Abraham (Génesis XVI, 2-4). Pues la esposa no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido: de igual manera, el marido no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer (1 Cor. VII, 4). Pues sería hijo, si no hubiera sido soberbio. Ismael fue desheredado por soberbia. Pues la sierva levantó el cuello, para decir, Echa a la sierva y a su hijo; pues no será heredero el hijo de la sierva con mi hijo Isaac (Génesis XXI, 10). Pues quieres saber qué vale la paz, qué vale la concordia, qué vale la humildad, y qué impide la soberbia. Ismael fue desheredado, pero los hijos de las siervas de Jacob, porque también ellos para nacer quisieron matrimonios justos: por tanto, los hijos de las siervas de Jacob, sabemos que fueron llamados a una sola herencia. Todos los patriarcas fueron contados juntos, ninguno fue separado del otro por la diversidad del seno, porque todos fueron unidos por la caridad. ¿Qué importa, por tanto, dónde recibiste el Bautismo? Mi Bautismo es, te dice Sara: mi Bautismo es, te dice Raquel. No te enorgullezcas, ven a la herencia: especialmente porque esa herencia no es aquella tierra que fue dada a los hijos de Jacob. A los hijos de Israel se les dio la tierra: cuanto más era poseída por muchos, tanto más se angustiaba. Nuestra herencia se llama paz. Leo el Testamento: Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan XIV, 27). Mantengamos juntos lo que no puede dividirse. No la angustia el numeroso poseedor, cuantos más vengan; como fue prometido, Así será tu descendencia como las estrellas del cielo, y como la arena que está a la orilla del mar, En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones (Génesis XXII, 17, 18). Y vi, dice en el Apocalipsis, muchos en vestiduras blancas, y teniendo palmas, que nadie puede contar, viniendo de todas las naciones (Apocalipsis VII, 9). Que vengan, mantengan la paz; nuestra posesión no sea angosta. La angustia no la causa, sino solo la disensión. He aquí, hermanos míos, para que aún suframos angustias, la disensión de nuestro hermano la causa: consienta en la paz, y se ha hecho la amplitud.

6. Pero, ¿qué haremos, sino soportar la debilidad fraterna, y no desfallecer? Creemos que este mi sudor será fructífero. El Señor nuestro Dios, quien quiso que viniéramos a vosotros, quien ordenó que lo buscáramos, quien hizo que lo encontráramos por ahora de cara, con la ayuda de vuestras oraciones nos hará encontrar su corazón, alegrarnos por su concordia, dar gracias a Dios por su salvación, que no puede tener sino en la Iglesia católica. Fuera de la Iglesia católica puede tener todo excepto la salvación. Puede tener honor, puede tener el Sacramento, puede cantar Aleluya, puede responder Amén, puede tener el Evangelio, puede tener y predicar la fe en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: pero en ninguna parte sino en la Iglesia católica podrá encontrar la salvación. Pues todas estas cosas pasan, hermanos míos. Ahora piensa que será grande entre los suyos, si no consiente, y es llamado mártir de la parte de Donato. Lejos de él, sea quitado en el nombre del Señor de su corazón este orgullo. Él mismo lo sabe, él mismo lo lee: Si entregara mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve (1 Cor. XIII, 3). No digo, Si se jacta de haber sufrido algunas injurias por la parte de Donato, o algunas pérdidas terrenales, de nada le sirve. Digo más, Si sufre fuera al enemigo de Cristo, no al hermano católico que busca su salvación, sino al enemigo de Cristo si sufre fuera, y le dice fuera de la Iglesia de Cristo el enemigo de Cristo, Pon incienso a los ídolos, adora a mis dioses; y no adorando es muerto por el enemigo de Cristo: puede derramar sangre, no puede recibir la corona.

7. Ellos saben, cuando estuvieron en nuestra Conferencia, que tuvimos en Cartago, cómo confesaron que sus antepasados persiguieron al obispo Ceciliano. Entonces, discordando de

la Iglesia Católica, hicieron un cisma: sus antepasados, es decir, los primeros que formaron parte de Donato, persiguieron a Ceciliano, llevándolo en su persecución hasta el juicio del Emperador. Enviaron al Emperador acusaciones contra él, que no eran verdaderas. El Emperador ordenó que se escuchara el caso. Fue escuchado ante los obispos, se encontraron falsas esas acusaciones, y Ceciliano fue absuelto. Sin embargo, ellos no cesaron de perseguirlo, sino que a menudo interpelaron al Emperador, quien luego designó un juez para el caso. Y él escuchó y conoció entre las partes. El Emperador reconoció y juzgó a Ceciliano como inocente. Y cuando les objetamos esto, discutieron con nosotros y dijeron que el Emperador había condenado a Ceciliano al exilio: lo cual es falso. Pero vean lo que dijeron: Que Ceciliano fue llevado ante el Emperador por sus mayores perseguidores, y enviado al exilio. Leímos los registros, son sus propias declaraciones, su mano se sostiene firmando con sus propias palabras; presten atención, les ruego, juzguen ahora nuestro caso. Ciertamente sus mayores persiguieron a Ceciliano, ciertamente lo llevaron ante el Emperador, ciertamente hicieron que fuera condenado. No quiero decir que no fue condenado: no quiero decir que fue declarado inocente. Pero que sea lo que dicen. Cuando lo perseguían, cuando hicieron que fuera condenado, ¿qué era entonces Ceciliano? Cuando sufría persecución por parte de los mayores de estos, ¿qué era? Díganme, ¿qué era? ¿Era cristiano? ¿Era católico? ¿O qué era? No dicen, No era católico; sino, criminal. Por lo tanto, los hombres criminales pueden sufrir persecución por parte de los santos. Aceptemos esto: Ceciliano era un criminal que sufría persecución. Así que no digo, Mentían; sino que estaban equivocados: para que también nosotros estemos de acuerdo con ellos, era un criminal. ¿Qué eran los que lo hacían? Elige lo que quieras: si eran injustos; abandona a los injustos, ven a nosotros. Pero si eran santos; entonces puede suceder que los santos persigan a un injusto. No te enojas con nosotros si perseguimos: no digas, Son injustos los que persiguen. Ya han demostrado que puede suceder que los justos persigan a un injusto. ¿Puede suceder, o no puede? Díganme una de dos cosas. Si no puede suceder: ¿por qué los suyos persiguieron a Ceciliano? Pero si puede suceder: ¿por qué te sorprendes? ¿Por qué alabas el castigo, y no muestras la causa? Bienaventurados, dice el Señor, los que padecen persecución. Añade, por causa de la justicia (Mat. V, 10), y separaste a los ladrones, separaste a los malhechores, separaste a los adúlteros, separaste a los impíos, separaste a los sacrílegos, separaste a los herejes. Tales sufren persecución, pero no por causa de la justicia.

8. Y sin embargo, ¿qué clase de persecución sufre nuestro hermano, que ha sido traído a nosotros? Esa es la persecución más gloriosa: de esa en verdad me enorgullezco. Que lo reprenda quien quiera, de tal persecución me enorgullezco. Leo el Salmo: Al que calumnia en secreto a su prójimo, a este perseguía (Sal. C, 5). Si persigo correctamente al que calumnia en secreto a su prójimo, ¿no persigo más correctamente al que blasfema públicamente contra la Iglesia de Dios, cuando dice, No es ella: cuando dice, La nuestra es la que está en parte: cuando dice, Aquella es una ramera? ¿Entonces no perseguiré al que blasfema contra la Iglesia? Claro que lo perseguiré, porque soy miembro de la Iglesia: claro que lo perseguiré, porque soy hijo de la Iglesia. Uso la voz de la misma Iglesia, la misma Iglesia dice a través de mí en el Salmo, Perseguiré a mis enemigos, y los alcanzaré, y no me volveré hasta que desfallezcan (Sal. XVII, 38). Que desfallezcan en el mal, que progresen en el bien.

Hermanos, no piensen que algo nuevo le ha sucedido a nuestro hermano. La parte de Donato, cuando prevalecía en Constantina, retuvo a nuestro laico catecúmeno nacido de padres católicos, Petiliano, le hizo violencia contra su voluntad, lo buscó mientras huía, lo encontró escondido, lo sacó temblando, lo bautizó temblando, lo ordenó contra su voluntad. He aquí qué tipo de violencia hizo en el nuestro. Aquella lo arrebató para la muerte, nosotros no lo arrastramos para la salvación.

9. He hablado de esto a vuestra Caridad, por aquello que dijisteis, O aquí, o en ninguna parte. Esto es lo que también queremos, que aquí, aquí; pero en unidad, en paz: aquí, aquí; pero en la sociedad de la caridad. Entonces bien aquí. Pues mejor en ninguna parte que aquí. Pero que el Señor conceda, que aquí más bien que en ninguna parte. Si no aquí, que no sea en ninguna parte, que no sea: aquí, o en otra parte. Habéis escuchado, ha escuchado. Lo que Dios ha obrado en su ánimo, él lo sabe. Porque nosotros golpeamos el oído desde fuera; él sabe hablar dentro, él predica la paz dentro, y no cesa de predicar si se le escucha. Su misericordia estará presente, con la ayuda de vuestras oraciones, para que nuestro trabajo sea fructífero. Sin embargo, si hoy no quiere comulgar, aunque no debemos fatigarnos, sino insistir tanto como podamos, no debemos fatigarnos. Podemos posponer, pero no podemos, ni debemos, retirar nuestra insistencia. Estará presente aquel que lo trajo aquí a nosotros, para que nos haga con él en unidad con vosotros y en su paz alegrarnos.